



“Esaú corrió a su encuentro, lo abrazó, se le echó al cuello y lo besó llorando” (Gn 33,4). Jesús retomará esas mismas expresiones para contar el recibimiento que dispensa al hijo menor el padre de la parábola: “Echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos” (Lc 15,20). Interesante paralelismo.

Ya sabemos qué quiere Dios, a qué aspira nuestro corazón, cuál es el mejor fruto de la misericordia: que los hermanos peleados se perdonen y se abracen. No basta el abrazo de cada uno con el padre para que la historia pueda concluirse; el verdadero final se decide en lo que ocurre entre los hermanos.

A comienzos de este año, dedicado a los temas de la sanación y la reconciliación bajo la inspiración del **beato Eustaquio**, os pedía (INFO 87, 2 de enero 2015) que, durante este año, cada uno de nosotros buscara al menos un hermano con quien sabe que debe reconciliarse, y diera un primer paso para acercarse, pedir perdón, hacer lo posible por comprender qué es lo que el otro pueda tener contra mí, hablarse y perdonarse. Os decía que quizás ésta sea la acción más difícil que se pueda pedir.

La realidad humana está marcada por los enfrentamientos entre hermanos que son incapaces de perdonarse, cuyas divisiones (como individuos, familias, grupos, o pueblos) se ahondan en el caldo del resentimiento, que es ese monstruo interior que nos calienta el ánimo mientras va acumulando argumentos y heridas que nos hacen sentirnos maltratados, agraviados, ninguneados. El resentimiento no cesa de susurrarnos al oído que la mejor respuesta debería ser agredir al otro, eliminarlo, o –al menos- marginarlo de mi existencia. Exactamente lo contrario de la comunión.

El **carisma y la misión SSCC** buscan justamente entrar en esa herida y sanarla con el aceite del amor de Dios que repara y reconcilia. Cristo murió para destruir el muro de separación y reconciliar a los que estaban divididos (Ef 2,14). Por eso, la reconciliación entre hermanos no es un asunto puramente afectivo o sometido a los diversos caracteres de unos y otros; la reconciliación entre hermanos representa un desafío central en el que se juega la verdad o la mentira de nuestra vocación y del Evangelio que creemos.

Estamos llamados a dar un final a la parábola del hijo pródigo. Lo que decidamos en nuestro corazón determinará si el hijo mayor se quedó fuera con su indignación, o si –felizmente- atendió a la llamada del padre y entró en la fiesta con su hermano.

